

VEGETTA777

WILLYREX

UNIVERSO

WIGETTA

EL CORAZÓN OSCURO



mir

VEGETTA777

WILLYREX

UNIVERSO

WIGETTA

EL CORAZÓN OSCURO



mī

© Willyrex, 2021

© Vegetta777, 2021

Redacción y versión final del texto: José Manuel Lechado, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y cubierta, 2021

© Pablo Velarde, por los bocetos, la línea, el color y la creación de personajes secundarios, 2021

Diseño de cubierta e interiores y coordinación

de ilustración: Rudesindo de la Fuente

ISBN: 978-84-270-4907-9

Depósito legal: B. 15.506-2021

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

- 8 Entrenamiento en Pueblo
- 28 El medallón perdido
- 46 La aventura de Trotuman y Vakypandy
- 70 En busca de la profecía
- 100 Encuentro con Sombra
- 122 Willy en el laberinto
- 142 Vegetta en el laberinto
- 162 Una lucha ancestral
- 180 Un triste suceso
- 198 De poder a poder
- 216 La fuerza no lo es todo
- 236 El regreso



ENTRENAMIENTO EN PUEBLO

Incluso después de la más terrible de las experiencias las cosas acaban volviendo a la normalidad. Las aventuras vividas en los últimos tiempos habían sido extraordinarias. No todos los días se mueve uno entre el cielo y el infierno y se enfrenta a horribles demonios. Vegetta, Willy, sus mascotas y sus amigos de Pueblo, todo el mundo en realidad, habían pasado por una experiencia poco común. Y aunque se regresaba poco a poco a la vida cotidiana... las consecuencias eran evidentes.

—Luchar contra el mal es agotador, Willy.

—A mí me lo vas a decir.

Mientras se quejaban, el viejo maestro Kosmos observaba atentamente sus esfuerzos para destruir una enorme roca sin usar ninguna herramienta.

Solo disponían de su fuerza, tanto física como mental. La roca, de unos seis metros de altura, de superficie muy lisa, bloqueaba el estrecho paso a un valle. El maestro les había pedido que le trajeran agua fresca del río que regaba los campos, al otro lado de la piedra.



—Esto es imposible, maestro —protestó Vegetta.

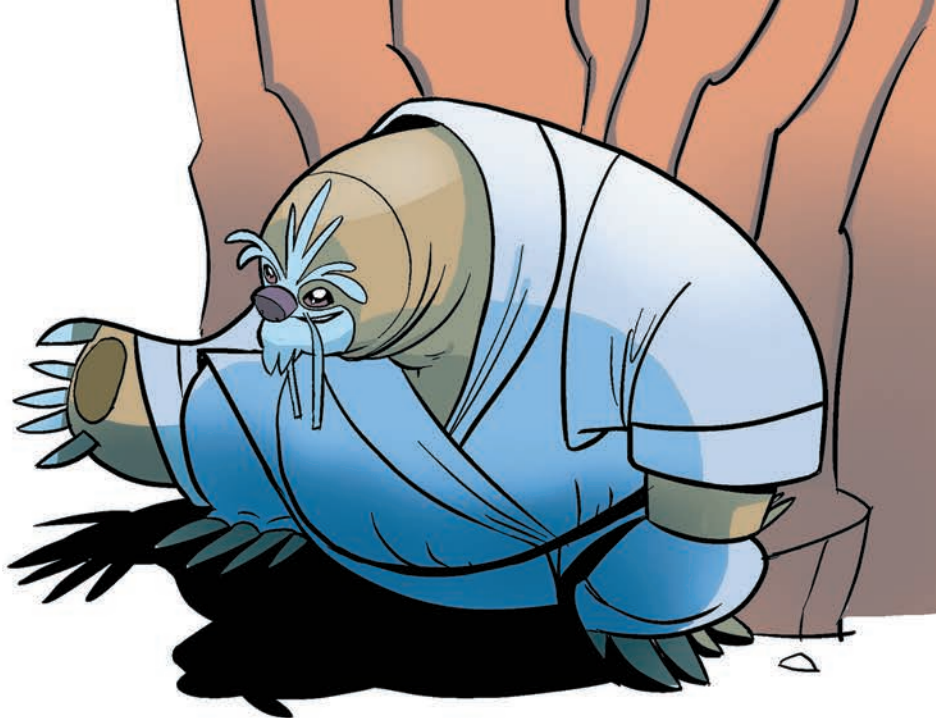
—Sí, esta roca es dura como... Bueno, como una roca. No se va a romper por muchos golpes que le demos.

—La verdadera fuerza, muchachos, está dentro de uno mismo. Tal vez no hagan falta golpes para lograr lo que os he pedido.

Willy y Vegetta se detuvieron por un instante.

Necesitaban descansar, estaban empapados en sudor y, de todas formas, el enorme pedrusco al que llevaban enfrentándose desde hacía media hora no se iba a ir a ninguna parte.





El maestro contempló a sus discípulos. Estaba orgulloso de ellos. Por dos veces se habían enfrentado a las fuerzas infernales y la última, además, contra el líder de todos los demonios, el terrible Sombra. Sin embargo, Kosmos sabía demasiado bien, por experiencia propia, que el mal nunca descansa.

—Pensad que tal vez, en el futuro, tengáis que enfrentaros a enemigos muy poderosos. Quizá lo sean tanto que no veréis manera de derrotarlos. Y no os darán tiempo a trazar un plan B. Sin embargo, siempre existe otro camino. Pensad con atención: lleváis un buen rato tratando de romper la piedra. ¡Pero yo no os he pedido eso!

Vegetta y Willy se miraron sorprendidos. También un poco agotados. De hecho, ya lo estaban antes de que Kosmos les encargara el asunto de la roca, el valle y el agua. Desde hacía semanas su entrenamiento había sido intensivo, constante y machacador. Formación en combate y artes marciales; uso de todo tipo de armas, desde las más típicas espadas y lanzas hasta otras más especializadas como el arco, la honda o el *boomerang*; supervivencia y adaptación a medios hostiles; resistencia al esfuerzo, al dolor, a las inclemencias del tiempo. Esto solo en la parte física. Porque el anciano maestro no descuidaba la preparación mental de sus dos discípulos: meditación, fuerza moral, poderes psíquicos... Nada quedaba fuera del entrenamiento. Y, aunque se notaban los avances, el esfuerzo era demoledor y, a veces, simplemente el cerebro no daba más de sí.

—Nos pidió que quitáramos la roca para pasar al otro lado y traer agua —recordó Willy.

—**No.**
Yo no dije eso...
exactamente.

—En realidad solo habló del agua —indicó Vegetta, haciendo memoria.

—**Lo que significa...**

Los dos amigos volvieron a mirarse. Soltaron un resoplido y, sin más palabras, cambiaron de táctica. Willy se colocó de espaldas a la pared de piedra y enlazó sus dos manos delante de él. Vegetta se alejó un poco y tomó carrerilla en dirección a su compañero. En el momento preciso, con absoluta sincronización, saltó en el aire y Willy, con sus manos, le dio impulso hacia arriba. Vegetta ganó altura y, con gran agilidad, aterrizó en un finísimo saliente de la roca situado a más de tres metros de altura. Lo que hizo a continuación fue sorprendente. Se colgó del saliente con la punta de los pies y tendió los brazos hacia Willy quien, con esta ayuda, no tuvo problema en alcanzar también la pequeña plataforma rocosa. Ya habían recorrido la mitad del camino.



—Bien, chicos,
veo que lo habéis entendido.

—¿Y ahora qué, Willy? —preguntó Vegetta.

—La parte de abajo de la roca era demasiado lisa para trepar, pero a partir de aquí es un poco menos complicado.

¡Escalaremos!

Eso era muy fácil decirlo. Sin duda, la base de la gran piedra había sido pulida a propósito para impedir la escalada y probablemente por eso la había escogido el maestro Kosmos. Pero tampoco es que en su parte



superior mostrara muchos asideros. Sin embargo, el entrenamiento estaba a punto de mostrar sus resultados. Quizá otra persona no habría podido seguir hacia arriba, pero Willy y Vegetta, aunque no sin esfuerzo, consiguieron sacar partido de los minúsculos salientes y, en pocos minutos, coronaban la roca. Al otro lado se extendía el precioso valle con su río de aguas cristalinas. Bajaron allí, recogieron agua en una cantimplora y, usando el mismo procedimiento que a la ida, regresaron junto a Kosmos. El maestro se mostró satisfecho.



**—Os ha costado,
pero lo habéis entendido.**

—Estábamos muy cansados

—se defendió Vegetta.

—Es cierto, llevamos horas. No, semanas. Sin parar.

—El mal no os dejará tregua.

Tal vez tengáis que afrontar situaciones peligrosas sin estar a tope. Pero el cansancio no os servirá de excusa. Debéis tener siempre en cuenta cuál es el objetivo. Os hice una petición y trazasteis el plan más básico: romper la piedra. Sin embargo, lo que importaba era...

—Traer el agua.

—Así es, Willy —sonrió el maestro—. La necesitaba para preparar la comida. Ahora podéis descansar un poco. ¡Y no os preocupéis! De todas formas, os enseñaré a romper piedras, incluso más grandes que esta.

El maestro Kosmos había sabido ver el potencial que encerraban los dos viejos amigos, pero nadie dijo que desarrollarlo en toda su capacidad resultara sencillo. Durante interminables días y semanas continuó el trabajo, sin cesar. Y es cierto que aprendieron a romper piedras con certeros golpes de las más diversas artes marciales. Pero no solo eso.



Las habilidades más sorprendentes, a veces sin previo aviso, pasaban a formar parte de su plan de entrenamiento:

—**Debéis aprender que el tiempo es una ilusión.**

—**¿Cómo va a ser una ilusión?**

—se extrañó Willy.

—Está claro que el tiempo pasa. No hay más que ver un reloj —añadió Vegetta, de acuerdo con su compañero.

—¿No os ha ocurrido a veces, tal vez un día aburrido, que parece que el reloj no avanza?

—Bueno... Sí.

—Y otras veces, cuando lo pasáis bien, de repente han transcurrido horas y parece que solo ha sido un momento.

—Sí, a veces es así, pero es una percepción.

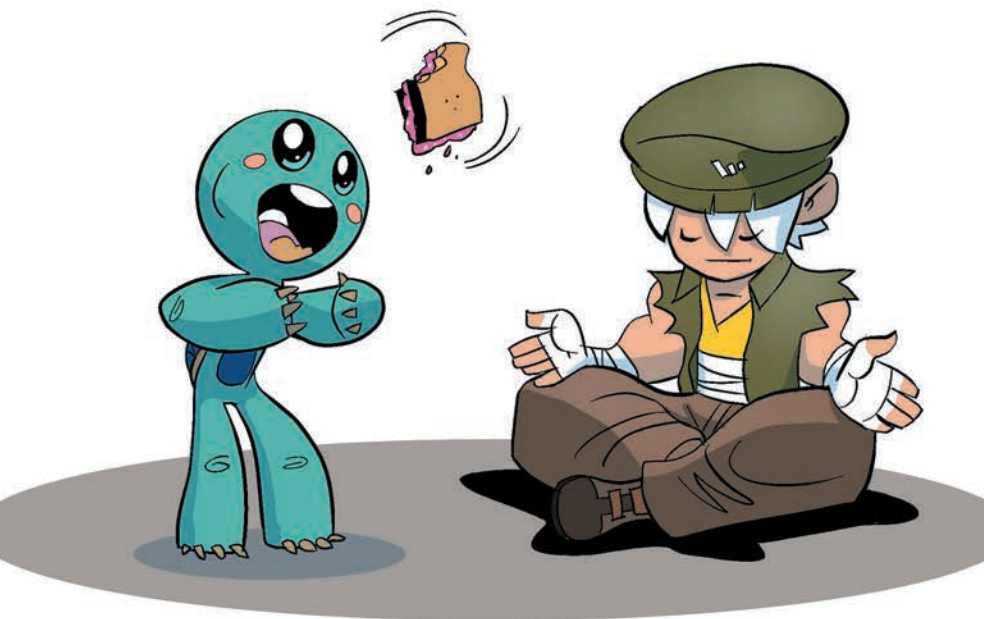
**—Es que el tiempo,
en gran medida,
depende de la percepción.**

Si eso era cierto o no... Solo el tiempo podía decirlo. Y tiempo es lo que pasaron entrenando más y más habilidades. Aunque la formación que recibían ambos era idéntica, poco a poco se fue viendo que cada uno de los amigos mostraba destrezas específicas. Por ejemplo, estaba claro que a Vegetta se le daban bien las artes marciales. Willy, por su parte, era más hábil con las armas clásicas, en particular las arrojadizas. Además de esto, resultaba evidente que ambos guardaban en su interior una poderosa energía que solo ahora comenzaban a desarrollar. El maestro Kosmos ponía mucho empeño en incrementar esas «habilidades especiales» que iban más allá de lo físico.

—Es importante estar en forma y saber defenderse —les decía—. Pero recordad que en la lucha contra el mal tendréis que saber canalizar la energía, defenderos de ataques que no serán puramente físicos. Y tendréis que ser capaces de contraatacar de la misma manera.

Hablar era más sencillo que llegar a manejar unas capacidades que, para muchos, serían pura magia. Pero así era, con paciencia y dedicación poco a poco tanto Willy como Vegetta descubrieron que era posible mover objetos sin tocarlos o comunicarse con el pensamiento, por ejemplo. Bueno, más o menos.

—Estás pensando en comerte una manzana.



—En realidad era un buen filete. Pero sí, pensaba en comer.

—Y hablando de comer...

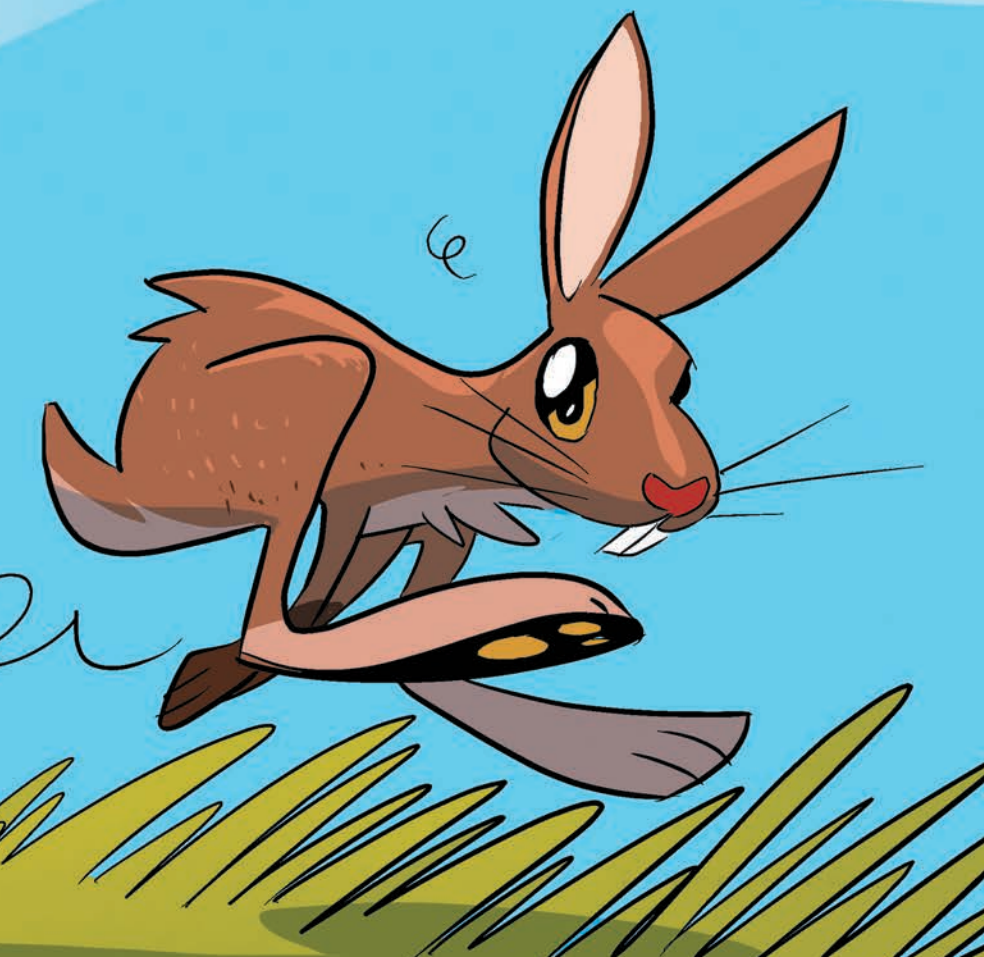
Willy y Vegetta habían notado una presencia. Se volvieron de golpe. No era más que una simple liebre del campo. Sus sentidos estaban cada vez más entrenados, aunque a veces no los podían controlar del todo. Era como aprender a caminar de nuevo.

—**¡A POR ELLA!**

—gritaron a la vez.



El animalillo, viéndose perseguido por los dos humanos, echó a correr a toda velocidad. Las liebres son muy rápidas y ninguna persona normal puede alcanzarlas a base de piernas. Sin embargo, Vegetta y Willy corrían deprisa y no parecían cansarse. Aunque el animal se impulsaba con toda la fuerza de que era capaz, no se libraba de sus perseguidores. Es más: se le acercaban. Parecía imposible.



—¡Ya es nuestra, Willy!

La liebre no necesitaba mirar hacia atrás para sentir el peligro inminente. Vistos desde fuera Willy y Vegetta parecían correr como dos campeones olímpicos. Pero para ellos la visión era distinta. Gracias a profundas meditaciones y ejercicios impuestos por Kosmos habían asimilado las bases para dominar el tiempo. Y así, para ellos, la sensación era que la liebre se movía más despacio de lo normal y por eso podían perseguirla sin problema. Todo dependía, al menos en parte, del punto de vista. Pero siempre hay algo más.

La liebre, muy asustada, entendió que no se iba a librar solo por velocidad. Así que, sin avisar, pegó un quiebro que despistó tanto a Willy como a Vegetta. Apenas se habían repuesto de la sorpresa cuando el animal dio otro regate, luego otro y, finalmente, consiguió llegar a su madriguera y ponerse a salvo.

**—Me parece que esta liebre
nos ha tomado el pelo**

—observó Vegetta.

—Nada de eso —sentenció entonces la voz de Kosmos, que había presenciado toda la jugada—. Habéis aprendido a manejar nuevas habilidades, no cabe duda, pero no siempre les sacáis partido. Habéis dado por hecho que la liebre iba a correr en línea recta, pero la

realidad tiene muchas más dimensiones. No subestiméis nunca al adversario. Ni siquiera si es una liebre.

Así, cada día que pasaba aprendían algo nuevo. Mientras a su alrededor la vida volvía a la normalidad y Pueblo era reconstruido, para Vegetta y Willy estaba claro que las cosas nunca volverían a ser igual. Un día, mientras descansaban antes de comer, el cielo se cubrió de nubes y, de pronto, comenzó a caer una suave lluvia. Los dos amigos se concentraron intensamente.

—**¿Ves lo que yo veo?**

—Sí. La lluvia cae... despacio.

—**¿Cae despacio de verdad
o es solo
que la vemos así?**

—**Las dos cosas**

—contestó Kosmos, apareciendo de golpe.

Al oírle, los dos amigos se volvieron, hambrientos. A esas horas Kosmos solía traer alguna cosa de comer, lo justo para reponer fuerzas. Pero hoy las cosas iban a ser diferentes.

—Hoy tendréis que trabajar por la comida. La he colocado allí arriba, en lo alto de aquel acantilado —dijo Kosmos, señalando hacia un gran precipicio en cuya parte superior se encontraban las dos mascotas—. Trotuman y Vakypany van a lanzar la comida al vacío en cuanto se lo diga. Si lográis detenerla en el aire, os la podréis comer. Si no... no.

—**¿Cuándo va a ser eso?**
—preguntó Willy.

—**¡AHORA!**

A un gesto de Kosmos las mascotas empujaron dos cajas de cartón donde, al parecer, se guardaba la comida de Willy y Vegetta. Los dos amigos corrieron hacia el pie del acantilado a la vez que trataban de poner en marcha su capacidad de ver el tiempo a cámara lenta. Sin embargo, no lo lograron. Las dos cajas cayeron a toda pastilla y se estamparon contra el suelo sin que pudieran impedirlo.

—**¡Maldita sea!**
Era imposible llegar a tiempo
—protestó Vegetta.

—Os habéis dejado llevar por la ansiedad de lograr el objetivo —dijo entonces Kosmos—. Solo pensabais en comer, porque tenéis hambre. Por tanto, no habéis sido capaces de concentraros.



—¿Qué había de comer? —preguntó Willy.

—Echad un vistazo.

Willy y Vegetta se acercaron a las cajas. Estaban vacías.

—**¿No había nada?**

—preguntó Vegetta.

—**Sabía que no lo ibais a lograr**

—se rio Kosmos—.

Y no hay que desperdiciar la comida.

—Serás tramposo —gruñó Willy—.

¡Ay!
¿Qué pasa?

Una piedra le había dado en la cabeza. Todos miraron hacia arriba. La parte alta del acantilado, donde se encontraban Vakypandy y Trotuman, comenzó a desmoronarse.

**¡Y LAS DOS MASCOTAS
CAÍAN AL VACÍO!**

